

“PALABRAS QUE LIBERAN”

“Miston Tapia”

A MODO DE PRESENTACIÓN

Estoy en un pequeño departamento muy frío, siempre traigo puesto el suéter, sirve como oficina; frente a mi hay una ventana grande que da a la calle y por donde se asoma el verde frondoso de un árbol de trueno, por cierto, la otra tarde descubrí que un colibrí hacía su nido en una tímida ramita, pensé en fotografiarlo, pero hasta este momento no he tenido tiempo de buscar mi cámara fotográfica.

A pesar de que es pequeño, el espacio es amplio, los únicos muebles son tres escritorios con sus respectivas computadoras, en uno de ellos trabajo yo, siempre frente a mi monitor, el cual es grande, negro, moderno; en el otro escritorio se sienta mi compañero, quien casi nunca se encuentra en la oficina y el último nadie lo ocupa. En el centro hay una mesa redonda y en lo que es la recámara, se encuentra el escritorio de mi jefe, él también está muy poco en la oficina, invariablemente se encuentra fuera haciendo múltiples cosas, por lo que la soledad es mi más fiel compañera; el silencio sólo se rompe con las monótonas voces que emite la radio, los mismos comerciales, las mismas canciones..., a veces pongo música en mi máquina, música que a mi me gusta por lapsos largos o cortos, cuando cualquiera de ellos llega debo apagarla; me gusta cuando Aute me canta despacito, casi susurrando o cuando chocan las guitarras, la batería, la voz dura de algún grupo de rock de los 90's.

Me gusta mucho la luz, que entre luz por todos lados, pero a pesar de la gran ventana que tengo enfrente, la luz natural casi no llega. Para compensar esa carencia tengo que mantener prendidas las luces todo el tiempo que me encuentro aquí, yo pienso que la luz no abunda por la orientación del edificio, bueno, sólo sé que la falta de luz es algo que no me gusta de este lugar, eso y el frío. Aún así me gusta estar aquí, ya que se siente mucha tranquilidad y, aunque no tenga con quien hablar la mayor parte del día, esto tampoco me desagrada, soy muy reservada, de pocas palabras pues, por eso decidí que este es el sitio ideal para instalar mi lugar de escritura: sé que después de terminar mis labores tengo tiempo suficiente para escribir, para reflexionar, para robarle un poco de tiempo al Tiempo.

Mis actividades son muy monótonas, rutinarias, en las mañanas salgo corriendo a veces sin desayunar, soy muy dormilona y levantarme temprano siempre ha sido mi gran problema, algunos dicen que es flojera, pero yo juro que no. Llego a la oficina derrapando, lo primero que hay que hacer es preparar el café, a mi jefe nunca debe faltarle, revisar los pendientes, sacar el día; después llega la hora de la comida, la cual casi siempre tomo sola, en una fondita que esta como a siete cuadras de aquí, el camino es un poco largo, de ida voy rápido, sin distraerme en nada, pero de regreso me gusta esa sensación de libertad, sentir el aire, mirar a la gente, atravesar el parque añejo de la Conchita, sortear los caminitos caprichosos de piedra de río, llegar al parque de Frida Kahlo y sentarme a contemplar la fuente que se encuentra justo en medio, admirar la estatua que la adorna, es hermosa esa mujer, reflexiva, callada, su espalda fría recibe toda el agua del chorro incesante de la fuente mientras enfrente de ella, escondidita, subida en un pedestal está Frida, la mira serena, así como mira todo lo que pasa a su alrededor. Checo el reloj y es hora de regresar.

Las tardes después de la comida son más relajadas, el trabajo se ha terminado y es por eso que he elegido esta hora para escribir, mientras afuera los árboles se alborotan con el viento que va, a veces suave, a veces loco; ocurre que en ocasiones mi jefe me llama, le atiendo, me saca del ensueño, termino mis deberes y nuevamente me sumerjo en esta sopita de letras que se acomoda al ritmo de mi mente, de mi pluma y de mi mano.

Gran Libro del Significado de los Nombres, versa el título en internet, busco la letra “c”... “Carolina: nombre femenino de origen germánico, significa, mujer fuerte”

Dice mi mamá que cuando ella era pequeña escuchaba a su vecina que gritaba muy fuerte a su hija....¡Carolina!, ¡Carolina ... ¿dónde estás?!.... ¡Carolinaaa!, ven acá.... A mi mamá le gustaba como se escuchaba ese nombre, pensaba que algún día tendría una hija y, sin duda, ese nombre le pondría. Resulta que mamá creció y se casó, estaba esperando a su primer bebé y en el fondo de su corazón sabía que sería una niña y recordaba cuando era pequeña y el nombre que había pensado para su primera hija; así fue, ella dio a luz y era una niña; cansada

por el parto y media dormida, vio a papá entrar con un papel en la mano, “qué crees, aquí abajo, hay una campaña del Registro Civil y ya registré a la bebé, le puse Guadalupe, como mi mamá”.

Mamá quedó encinta de nuevo. En esta ocasión no permitiría que nadie opinara acerca del nombre y cada vez que le preguntaban qué le gustaría que fuera ese bebé, ella respondía “es niña y se va a llamar Carolina”, y pues así fue, nació yo y desde luego que mamá me puso como ella tanto había deseado: Carolina.

Y quiero decir que me encanta mi nombre, es poco común, ni corto, ni largo, ni extraño, ni rimbombante, ni pretensioso... suena a agua cantarina, como la fuente del parque de Frida, es de color azul, ese azul profundo que tiene el cielo de mediodía en un pueblito lejano; huele a flores silvestres, a musgo húmedo, es redondo como la luna llena; Carolina, parlanchina como yo. Carolina risueña y cálida como el sol en lo alto de una tarde de primavera mientras mi mamá, mis hermanos y yo nos calentamos en el patio de la casa. En verdad me gusta, me viene bien, Carolina...sí, es fuerte, pero suave...Carolina mujer fuerte, como yo.

LA REINA DE LA ESCUELA

Yo corría cuesta abajo por las escaleras de la escuela cuando casi choco de frente con la maestra de inglés. Ella se paró en seco sorprendida más por mi aspecto que por el sobresalto del encontronazo; resulta que yo llevaba puesta una sudadera como dos tallas más grande, pantalón de mezclilla azul muy viejo, muchos aros en las orejas simulando arracadas, además de que múltiples trencitas hacían el papel de peinado en mi cabeza. La maestra me miró de arriba abajo y me preguntó que qué clase de vestimenta era esa, yo guardé silencio, ella movió la cabeza de manera desaprobatoria, dio la espalda y se regresó para gritarme cuando yo ya iba lejos “¡Con esa cara tan linda serías la reina de la escuela!” Alcancé a escucharla y esas palabras quedaron vibrando en mi mente, pero no lo quise reconocer, cómo iba a ser yo una niña linda si no era más que una escuálida figura andante; cómo iba a ser linda si apenas tenía unas cuantas monedas en la bolsa que debía apretar para que me alcanzara para ir y regresar de la casa a la escuela y viceversa, no podía serlo, ni mucho menos creerlo; si me dolía la cara porque mi pobreza me avergonzaba, nunca iba a poder compararme con mis compañeras de brillantes melenas y blancas sonrisas, siempre vestidas a la moda mientras yo escondía mis manos gastadas y ásperas en las bolsas de mi pantalón viejo.

Casi no me maquillaba, sólo la boca con un labial que me había comprado en el mercado del barrio, tenía el cabello hasta la cintura y una delgada figura, me seguían muchos chicos de la escuela; pero yo solo quería esconderme, no entendía por qué me seguían tanto, no me gustaba llamar la atención y entre más pasara desapercibida, mejor. Tenía en la mente las palabras de mi madre, que no se cansaba de repetir que mis hermanas y yo no valíamos nada, desaprobaba todo lo nuestro, la música, la ropa, nuestros sueños; parecía que su único objetivo era terminar con el poco amor propio que sentíamos hacia nosotras mismas. De tal forma que me sentí ofuscada cuando la maestra de inglés me dijo esas palabras. ¡Cómo una señora tan fina, tan bien vestida, de piel blanca y pequeña figura me dijo eso! ¡Cómo la maestra Leonor Veloz podía decirle a una niña flaca y fea que podía ser la reina de la escuela!

A pesar de que me sentí avergonzada, desde ese momento sus palabras quedaron guardadas en mi corazón marchito, ahí estuvieron por mucho tiempo, esperando el momento para ver la luz de nueva cuenta...

Crecí alimentada por la poca fe, con el camino iluminado por la violencia de mis padres, vestida con las ropas de la vergüenza y la pobreza, maquillé mi cara con el colorete de la desventura y la apatía. Así encontré lo que pensé que merecía, un novio violento y alcohólico y, sin más luz en el camino, me casé con él. Ambos éramos muy jóvenes, desde luego que esto me hizo más infeliz aún, pero de todas maneras, me aferraba a ese “amor”. Estaba sumida en una depresión muy negra, pero yo no me daba cuenta, sin embargo, en un rinconcito de mi corazón había una flamita que me calentaba la sangre y me ayudaba a sobrevivir, eran las palabras de la maestra Leonor, que ardían tímidamente...la reina de la escuela...sí claro, yo valgo mucho...y no sólo era la idea de una belleza física, era algo más trascendental. Sabía que esa vida que él me prodigaba no me hacía feliz, de modo que pasó muchas veces por mi mente la idea de separarme pero al mismo tiempo me sentía aterrada con esa idea; estaba ante una disyuntiva, cualquier opción repercutiría en mi vida para siempre. De pronto algo hizo girar mi vida matrimonial de manera tan abrupta que, a pesar de todo, me sacó del pantano en el que vivía: mi esposo tenía embarazada de cuatro meses a su compañera de trabajo, me lo confesó como era de esperarse, en una de sus borracheras. El mundo se me vino encima, hizo pedazos mi poca autoestima, era la muñeca fea y ahora, rota. Aún con este hecho tan devastador seguí con él, me convertí en una sombra amargada y gris, murmurando por los rincones, rumiando mi dolor.

Del otro lado del auricular se escuchaba la voz de mi amiga Estela:

–Déjalo, manita, a ver, dime, qué es lo peor que te puede pasar, ¡si lo peor ya lo pasaste!- Ahí estaba ella, mi amiga de la adolescencia, poniéndole fin a mi disyuntiva

-Manita, ¡cómo que estas en la disyuntiva de dejarlo o quedarte ahí!, ¡no, no me digas eso, por favor no hay tal disyuntiva!, a ver, dime, ¡¿qué es lo peor que puede pasar?!

...nada, que un día tomé mi maleta y salí corriendo para nunca volver...

Una tarde de verano, estaba frente a mi querida amiga, la miraba mientras tomábamos café y comíamos crepas con cajeta, su voz alegre, su personalidad desenfadada y parlanchina, su atrevida manera de ver la vida, sus ojos chispeantes...y mientras la miraba recordaba esa llamada, esa frase que me dio el coraje suficiente para salir de esa situación tan difícil y desde entonces, cuando me encuentro ante una disyuntiva, me digo a mi misma: “a ver, ...¿qué es lo peor que puede pasar?”

Me temblaban las piernas. La noche anterior no había dormido bien, pero ahí estaba, frente a la pequeña puerta de su cubículo; creo que toqué muy fuerte, salió una mujer delgada, bajita, de pelo negro que me hizo pasar ofreciéndome su mano suave para saludarme.

-Hola, soy Mirna-, dijo, mientras yo ya estaba sentada y pude verla bien. Sus grandes y hermosos ojos serenos me dieron confianza, su sonrisa me reconfortó y su voz apacible me animó a hablar-. Dime, Caro, ¿por qué estás aquí?

Ese fue el principio de mi reconstrucción, quería dibujarle una eterna sonrisa a la muñeca fea, ponerle ropita nueva para que ahora se viera bonita y sobre todo pegarla, reunir los pedacitos salvables y desechar lo que ya no funcionaba; pero el proceso fue y ha sido muy duro, he pasado por momentos en los que ha sido necesario sacar de nuevo el pasado, darle un soplido al polvo acumulado, descubrir cosas dolorosas que estaban guardadas en la memoria de mi piel y mi alma. Esas cosas me derribaban, me hacían sentir que no podía más y una mañana llegué con Mirna, me encontraba devastada, me sentía profundamente sola. Ella me miró directamente a los ojos y con su característica voz apacible me dijo:

–Ya no quiero que te sientas sola, me tienes a mí, estamos caminando juntas de la mano-.

La escuchaba y sólo podía decir sí con la cabeza mientras las lágrimas me ahogaban el corazón, pero la escuchaba y me sentía contenta y reconfortada con sus palabras. Y así fue, ella caminó junto a mi por algún tiempo y, cuando fue necesario, soltó mi mano y me encaminó en el sendero de mi propia vida. Pero pese a que todavía hay muchas cosas que arreglar, ya que no es fácil, ya no me siento sola, recuerdo sus palabras y lo mucho que me ayudó a salir de la casa abandonada

en la que vivía. Siempre le estaré agradecida a mi querida y entrañable terapeuta Mirna.

Y quizá ahora ya no pueda ser la reina de la Escuela, eso ya fue hace mucho tiempo, pero sé que con determinación, y sobre todo con amor y con mi autoestima muy bien cimentada, puedo ser la reina de mis sueños, la reina de mi espacio y de mi tiempo, la reina de mi propia vida.

INSTANTÁNEAS DE UN PASADO OSCURO

Sentí el golpe de tu puño en mi cuerpo indefenso, pero me dolió más en el alma reconocer que, quien un día me dijo que me amaba, ahora solo deseaba acabar conmigo...

Papá y mamá salieron de sus respectivos pueblos huyendo de la pobreza y la violencia, ambos se alimentaron y educaron con golpes y malos tratos por parte de sus propios padres; esos golpes estaban ahí acumulados en el alma, atiborrados, ansiosos por salir, buscando una salida, un escape.

Quizás algún día ambos se amaron, quizás algún día todo eran caricias y ternura, pero no duró mucho, el demonio pasivo de la violencia salió de su escondite y se quedó en casa para siempre. Tengo la instantánea en la mente, ahí grabada, guardada, a colores: papá de pie, tan alto que se mira, con un cinturón en la mano y los insultos en la boca; mamá se hace chiquita, más de lo que es, esconde su rostro de niña entre las manos y las lágrimas no dejan de correr y correr; él la golpea sin piedad, sin miramientos, con fuerza; ella no se resiste, aguanta, se agacha, está sentada en una silla de madera. De pronto siente la mirada impávida de alguien, se atreve a quitar las manos de la cara húmeda y me ve, ahí estoy yo, parada atrás de papá con los ojos muy abiertos, sin entender qué es lo que sucede, siento lástima por mamá y rompo en llanto. Corro a sus brazos, ella me acoge y me abraza con fuerza, yo hago lo mismo. Sin embargo, la furia de papá no tiene fin, no hay límites, me hinco y me escondo tras la falda de mamá, siento su aroma a cebollas y aceite, abrazo sus rodillas, palpo con mi cara el latir de su corazón asustado y dejo que papá golpee mi espalda; me duele, me eriza la piel. Ahora las lágrimas mías son las que se convierten en un tibio torrente de dolor, mientras las de mamá caen como lluvia y mojan mi cabello negro.

De esa manera hubiera deseado morir, pero algo me rescató de la muerte, pero no fueron tus manos, ni tus palabras las que me salvaron, esas sólo me trataron con violencia, ya que con violencia acallaste mi risa, mis juegos, hasta mi llanto ...

A veces resulta que quien debiera cuidarte cuando eres pequeña es quien resulta tu peor verdugo.

Crecí en un hogar lleno de violencia, desde muy niña me enseñaron a callar a fuerza de golpes, a no “dar lata” a no reír... este oscuro recuerdo es de mi primera infancia, quizás tendría como cuatro o cinco años, pero la instantánea es tan vívida que parece que cada vez que la mente la trae a la página principal, el recuerdo parece de ayer mismo. Una vecindad de casitas de dos piezas, en un barrio de Coyoacán; papá, mamá y mis hermanas duermen aún en el cuarto, yo despierto y miro desde mi cama la mesa en la cocina, un pan dulce, esponjoso, cubierto de chispas de colores brillantes asoma desde una bolsa de papel; de un salto voy hacia él y me lo llevo a la boca gustosa, escucho desde el cuarto el grito de mamá y con otro salto papá ya está atrás de mí; me jala con fuerza del brazo y comienza a golpearme, a insultarme, no entiendo nada, escucho como entre sueños a mamá gritándome que el pan tenía veneno para ratas, que lo escupiera. Veo entre bruma a mis hermanas llorando; papá no cesa, me golpea con coraje y mete sus dedos en mi boca. Me convulsiono, vomito, lloro; la estupidez que cometí debía ser castigada así, con golpes, con violencia, así me hicieron saber que era una tonta por haber comido un pan que tenía veneno para ratas, ellos lo dejaron para las ratas, no para mí. No recuerdo nada más, sólo que estoy en un rincón llorando; nunca supe si en realidad había veneno en ese pan o si me llevaron al doctor, pero ese fue el principio de muchos capítulos oscuros en mi vida, capítulos en los cuales siempre lloraba con rabia y lamentaba el hecho de no haber muerto, ya que hubiera preferido morir en ese día de mi primera infancia, así, envenenada, comiendo un delicioso pan dulce para evitar todo el dolor que vendría conforme fui creciendo.

¿Qué es el dolor? ¿Por qué si no puedo verlo ni tocarlo, puedo sentir como lastima mi piel? ¿Por qué si es intangible y abstracto invade mi alma? ...

Recuerdo a mamá siempre embarazada, enojada con la vida, con dolor en la mirada; ella estaba llena de frustración por la relación que llevaba al lado de papá y descargaba toda esa rabia sobre nosotras, sus tres hijas más grandes.

Esta quizás no sea una instantánea, es más bien una escena llena de dolor, es un trago que pasa amargo por la garganta cada vez que lo trae el pensamiento, es algo imborrable, intangible, pero ahí está, en la memoria de la piel y del alma. La pobreza es más que evidente en estos dos cuartos que sirven, uno de cocina y otro

de dormitorio de todos y de todas; mamá se está bañando, mi hermana pequeña y yo somos dos fantasmitas que hacen los quehaceres en silencio, dos fantasmitas que no hablan entre sí, que sólo cruzan miradas y barren en vano el piso de tierra; tomo una jarra de leche y se me resbala de las manos, cae al suelo inevitablemente, la angustia se apodera de mí, tiemblo, me estremezco, imagino lo peor; mi hermana me mira, se asusta, palidece; le pido que de una vez por todas le vaya a decir a mamá lo que ha ocurrido, pensé que diciéndole antes se enojaría menos. Mi hermanita corre, desaparece por el umbral de la puerta, pero no por mucho tiempo, mamá viene detrás de ella, el fulgor de rabia en la mirada de mamá me aterra, trae puesta la bata de maternidad azul desgastada, el pelo húmedo, los pasos cortos; me toma por el cabello y los gritos empiezan, las palabras hirientes lastiman mis oídos, los golpes comienzan incesantes, mi cuerpo siente dolor, pero más mi alma... mamá no para, la rabia explota, la sangre brota; arrastra mi cuerpo hacia el patio, ahí continúa, una y otra vez. Ahora suplico, suplico por mí y por mi alma que se sale del cuerpo, que se desdobra y se evade para no sentir más dolor; termino en posición fetal, siento la tibieza de mi sangre en las manos, en la cara, un “ya no, mamita, por favor” sale de mi boca, se repite, se repite ... lejos. Ahora, se escucha la voz de mi hermanita, sé que le espera la misma suerte; gritos, insultos, golpes, dolor... la escena se repite, se repite ...

Golpes, violencia, dolor... marcaron mi niñez y parte de mi adolescencia, duro aprendizaje, sabor salado, paisajes oscuros y húmedos ...extraño a mamá, extraño a papá, extraño a esos padres que hubiera deseado tener, entendí que no, son ellos y sólo ellos, aún así, a veces los extraño

Ahora se mira en el camino otro paisaje... perdón, amor, auto estima.

UN CUERPO TITILANTE

Poco a poco la ropa se va deslizando, la insolencia de mi cuerpo desnudo me apena un poco y aún no me atrevo a mirarlo completo, solo por partes, como si mirara un cuerpo ajeno, como si me sintiera observada por alguien más; el pelo recogido, las mejillas sonrojadas y antes de mirar el cuadro completo, pego la cara al espejo y me miro directamente a los ojos, mis pupilas se dilatan y la mirada de esa otra, la que proyecta el espejo, me parece de una niña, de una niña tímida que se encierra en el baño para descubrir los cambios que en su cuerpo ha provocado la pubertad. Despego la cara del espejo y de un solo golpe me miro completa, en un instante descubro que mi cuerpo tiene la forma de una pera, una pera madura, pero con el sabor aún dulce, la piel blanca se oscurece con formas geométricas, producto del reflejo de la lámpara en el espejo; las mejillas siguen rojas y tibias, pero la mirada se corre ahora libre por cada centímetro de este cuerpo que me mira titilante; esa que está del otro lado, entorna los párpados, abre su boca carnosa y pequeña y por fin se atreve a hablar ...

Este es tu cuerpo, has madurado mucho desde la última vez que te observaste con tanto detenimiento. ¿Te has dado cuenta de que casi nunca lo haces?, obsérvalo ahora, es tuyo, es el regalo más preciado que te ha sido dado. Te das cuenta cuánto se ha transformado, ahora, como tú bien lo dijiste, se ha convertido en una pera madura y aún falta mucho por cambiar, pero por el momento es el tiempo de preservarlo, de valorarlo; ¿te acuerdas que odiabas tu cabello?, a toda la gente le decías que era rebelde y feo, míralo ahora o mejor dicho obsérvalo, es negro profundo, largo, abundante, acerca la cara y mira esas pocas y pequeñas pecas en tus mejillas, aléjate más y verás que tu cara redonda es linda y afable, que gesticulas mucho al hablar y que esos mismos gestos no saben ocultar tus sentimientos ni tus pensamientos; baja la mirada por tus hombros suaves, tus brazos largos y delgados; tus pechos firmes, tu piel blanca, oscurecida en algunas partes a causa del sol, ese sol a veces inclemente que te gusta mucho tomar. Tu vientre ha permanecido yermo hasta ahora, quizás algún día desee albergar vida dentro de él; mira ahora tus piernas, son cortas, pero llenitas, la celulitis te ataca en

la parte superior, es momento de tomar cartas en el asunto; ahora tus pies, estos que te han acompañado durante treinta y cinco años, te han sostenido en los peores momentos pero también han sentido las cosquillas que te provoca la arena de mar, la frialdad de la corriente de un río, la emoción de estrenar un par de zapatos, estos son tus pies, medianos, fuertes, tu sostén.

Gira ahora y mira tu espalda, sobre ella has cargado el dolor, la zozobra y la soledad, ha sido difícil yo lo sé, pero recuerda cuántos abrazos has recibido hasta ahora, cuántos de ellos han estado llenos de sinceridad, amor, compañerismo, de pasión, de alegría, sean muchos o pocos, esos brazos que han rodeado tu espalda han sido los suficientes, los más sinceros, los más reconfortantes; tus caderas, anchas, generosas, graciosas, motivo a veces de burla por su voluptuosidad, ¡pero, míralas bien, yo creo que a ti sí te gustan!, ¿cierto? Observa todo en conjunto, no solo eres una estructura de carne y hueso, mediana de estatura, de pelo negro, ojos café, eres mucho más que eso, ¡reflexiónalo, aprécialo, valóralo!, ya no te abandones, ya no vayas así como un autómatas por la vida, es el momento, es el tiempo para hacerlo...

Esa que está del otro lado del espejo guardó silencio, sus mejillas palidecieron, sus ojos se apagaron, pero su cuerpo siguió titilante y dejó dentro de mí muchos pensamientos y otras tantas reflexiones; cuánto falta por vivir, cuántos abrazos por dar y recibir, muchos helados de fresa en una tarde de calor, caminatas por la playa, ríos, albercas en las cuales meter los pies; peinados, cortes de pelo, maquillajes; palabras hermosas por escuchar y sabias por aprender, besos, pasiones, amores...

Me hizo ver que debo tomar conciencia de mí, de mi cuerpo, de la belleza, pero no sólo de la belleza física, también de la espiritual, que a fin de cuentas, si yo estoy bien dentro mío, se reflejará en mi exterior; que este cuerpo me ha sido dado como un regalo precioso, que estoy a tiempo de abrazarlo y amarlo, cuidarlo, alimentarlo de energías positivas, de preservar su salud.

Finalmente, que soy dueña de este cuerpo, de su desnudez, de su insolencia, de su timidez, que puedo ponerle vestidos sedosos de amor o corazas infranqueables para defenderlo; que deseo que ésta que se encuentra en el reflejo

del espejo es con quien deseo continuar el camino de mi vida, porque aún falta mucho por andar.

MI UTOPIÍA

El miedo de la primera vez fue acallado por un dolor intenso, había emoción y brillo en mis pupilas dilatadas y quizás en las de él también; pero ocurrió muy rápido, sin calor en el cuerpo, sin preámbulos tibios, sin caricias de seda roja y tampoco hubo mancha color fresa en la sábana blanca y nueva, a pesar de la virginidad de mi cuerpo de veintitrés años. Esa fue la primera vez y me quedé con un sabor sin sal ni pimienta en el gusto de mis deseos; por mucho tiempo experimenté la nada del placer, bloqueé mis sensaciones, y lo único que lograba sentir era dolor, un dolor físico intenso, que cerraba mi cuerpo y hacía que mi ser se desprendiera y volara lejos mientras el acto duraba lo que tenía que durar; además de soportar por mucho tiempo una espalda fría en mi cama. Su indiferencia me lastimaba y hacía que oprimiera la cara en la almohada que se mojaba de tibias lágrimas rabiosas; mientras, sentía que la sangre en mi cuerpo se encendía y mis sueños húmedos se llenaban de serpientes cobardes que huían de mis manos.

Algún día me sentí enamorada y por primera vez mi cuerpo se entregó con el calor emanando por cada poro de la piel, fue sin duda algo completamente diferente, me sentí viva, renovada; pero duró solo una fracción de vida, un instante, una noche en la que se cerraron los ojos y al abrirlos él no estaba ya, había salido de mi vida para siempre.

Después de esa quimera dulce que se tornó amarga, me sentí profundamente sola. Desde mi ventana rota veía pasar las horas, los días, los años... hasta que volví a experimentar el sabor de otros cuerpos, pero sólo eran eso, carne, piel, hombres estructurados para satisfacerse solo ellos, provistos de egoísmo, programados para la diversión sin compromiso; de alguno me enamoré de nuevo, pero era un hombre roto, un hombre con el alma enferma y el cuerpo aún más, aquejado por el mal silencioso de la eyaculación precoz, que rayaba en la impotencia; quizá él fue el más egoísta de todos, nunca hizo nada por atender su "problema", salvo disculparse y tener siempre un pretexto listo para excusar su falta de compromiso y ya no hacia mí -que a fin de cuentas, pude descubrir que soy una mujer capaz de sentir todos los matices del sexo- más bien hacia él mismo; pensó

que yo estaría a su lado siempre o al menos mucho tiempo, pero no, ahora mi mirada está puesta en otro lado, mi ventana ya no está rota y sólo de vez en cuando me asomo; ahora prefiero salir y sentir el clima desde fuera. En realidad no he tenido muchas parejas, como pareciera, pero he aprendido mucho, me he dado cuenta de que he estado buscando en el lugar equivocado, por eso cambié mi lugar habitual en el autobús de la vida, quizá un buen día de verano se siente junto a mí el hombre indicado, el que desee recorrer junto a mí lo que resta del camino a casa. De igual forma ya quité los prejuicios y tabúes de mi mente y aunque ni todo es bueno ni todo es malo, depende de cómo se mire, hay cosas que no haría, sobre todo aquellas en las que mi dignidad esté en peligro o lastimen mi cuerpo y mi auto estima, ya que considero que, después de todo, sí hay un límite.

Desde que era muy joven tuve muy claro que los hijos no están en mi plan de vuelo; decidí que no deseo ser madre, al menos en mi presente la idea es muy firme. Respeto y admiro a las mujeres que son madres, aunque confieso que no a todas, ya que ser madre es un acto de amor y muchas se olvidaron de ese “pequeño detalle”; me entristece mucho ver el maltrato y abandono en el que viven muchos niños, crecen con la soledad como única compañera, convirtiéndose en adultos infelices, con rencores y con muchas asuntos por superar. MADRE, es una palabra clave, importante, insustituible y yo tengo muchos miedos, miedo de no poder cumplir con esa tarea tan importante, miedo de morir joven y dejar a mi hijo solo, miedo de no poder darle lo que como ser humano merece, además soy muy idealista y si algún día decido ser madre, me gustaría que fuera en un hogar estable, con papá, mamá, hijos, todos juntos; creo en la familia, pero con las experiencias que he tenido con los hombres, esa idea la veo cada vez más lejana y sin afán de hacer juicios, no me gustaría ser madre soltera, considero que la responsabilidad es de ambas partes y es injusto que sólo sea la mujer quien lleve toda la tarea a cuestas; aunque mi madre me dice que al menos debería tener un hijo, yo solo me río. ¡Cómo al menos tener un hijo!, un hijo no es una mascota que me acompañará al parque, es algo mucho más importante, no será siempre un bebé, crecerá y necesitará muchas cosas, desde las más simples hasta las más complejas y simplemente por el momento no me siento capaz de traer un hijo al mundo. Cuando

venga, sí es que algún día lo decido, deseo que sea en un ambiente de amor, respeto y compromiso, con unos padres que estén dispuestos a compartir y convivir. Quizás sea una utopía, quizás nunca llegue a realizarse, pero de ser así, la presión social y el famoso reloj biológico no son parte de mis preocupaciones.

¿PUEDO PEDIR UN DESEO?

¿Deseos? ... qué es un deseo, es sólo un pensamiento mágico o acaso palabras que son lanzadas al cosmos creyendo que alguien allá arriba las va a escuchar; o algo que se persigue incesantemente como un conejo en una febril carrera tras una zanahoria...

Alguna vez tuve un deseo; yo era la segunda de tres hermanas, la de en medio, la ignorada, la callada, la que nunca daba problemas, la que sentía que no merecía... pero durante el transcurso de ese día me sentí especial, había hecho mis deberes, obedecido a mis padres, terminado la tarea, así que me fui a la cama pensando que merecía un regalo, algo especial. Cerré los ojos y pedí a Dios que me cumpliera un deseo, quería que algo diferente pasara en mi vida, un acontecimiento grato; no pedía algo en específico, yo sólo quería ser feliz; así me quedé dormida, balbuceando una oración, una quimera infantil. Al día siguiente desperté con mi deseo en la mente, *algo especial pasará hoy en mi vida, sin duda Dios me ha escuchado, me he portado bien, sé que lo merezco...* pero no sucedió nada bueno, nada especial, ningún regalo para mí. En lugar de eso, aquel día mi madre me dio la peor golpiza que pueda recordar. El incesante choque de sus puños en mi pequeña persona, sus hirientes palabras, el odio hacia su propia vida descargado sobre mí, me sacudieron el alma y el cuerpo para recordarme que yo no merecía nada bueno, que ningún mágico deseo me podría ser concedido.

Crecí con miedo a pedir, a soñar, a merecer; no quería correr el riesgo de volver a desear algo para después darme contra la pared de mis limitaciones; aprendí a vivir día a día, sin un objetivo claro, sin un sueño que perseguir.

Un día buscaba desesperadamente algo en el buró, algo que ya no recuerdo qué era, pero en lugar de eso, en el fondo, encontré una cajita de madera. Estaba decorada con colores que alguna vez fueron brillantes y que con el paso del tiempo y la oscuridad se habían tornado pálidos y casi imperceptibles; la miré extrañada, ya que no la recordaba, pero poco a poco empecé a hacer memoria; alguna vez ahí guardé mis sueños, mis deseos... ¡sí claro!, la abrí lentamente y encontré muchos

escritos, poemas borroneados, comienzos de algún cuento... Entonces recordé que algún día mi sueño había sido ser escritora y derramar mis sentimientos, pensamientos y mi alma entera en hojas y hojas de papel ... pero hice otras cosas, dediqué mis palabras a lamentaciones y a quejas dirigidas al destino y guardé ese sueño ...casi para siempre. Hurgando más al fondo de la cajita, encontré algunas partituras, grabaciones de canciones locas y arrebatadas, otras eran románticas a morir, algunas otras eran las canciones de moda de aquel entonces, cerré los ojos y reviví ese deseo de subirme a un escenario y ser el centro de la noche, cantar hasta deshacerme el alma y deshacer también mi guitarra eléctrica; esboqué una gran sonrisa un poco burlona y bastante tímida al recordar que me hubiera gustado ser toda una *rock star*, poder vestirme con mucho glamur y ser dos personas al mismo tiempo: una, la que dejaba el alma en el escenario y otra, la aislada, la callada, la solitaria. Abrí los ojos todavía con una canción en la mente y apareció bajo mi nariz un libro de español, lo tomé ya bastante emocionada por tantos recuerdos que me venían a la mente y empecé a hojearlo lentamente. Entre sueños me vi delante de un escritorio, en un salón de clases con muchos jóvenes sentados en sus pupitres, yo, muy propia, les doy la clase de lectura, apasionada leo un fragmento de *El Llano en Llamas* y ellos me miran atentos y callados ... sí, algún día quise ser maestra de español ...

Ahora estoy en la cima de esta Gran Montaña, traigo conmigo la cajita que encontré perdida en el buró de mi propia vida, desde aquí puedo ver todo lo que he dejado de hacer además de lo que he hecho... reflexiono que esos sueños y esos deseos que algún día tuve quizás nunca se lleguen a realizar, que quizás sea demasiado tarde, que el tiempo ha transcurrido sin miramientos, pero tomo una decisión y esparzo en el suelo de la Montaña los restos contenidos en mi cajita vieja, convencida de que aún puedo pedir un deseo ...